

ANTECEDENTES DE LOS VALORES OLÍMPICOS EN LA GRECIA CLÁSICA Y SU PROYECCIÓN EN EL OLIMPISMO MODERNO

BACKGROUND OF THE OLYMPIC VALUES IN CLASSICAL GREECE AND SCREENING IN MODERN OLYMPICS

Jorquera García, J.L.¹; Molina Morote, J.M.² & Sánchez Pato, A.²

¹Junta de Comunidades de Castilla La Mancha; ²Universidad Católica de Murcia (jljorquera@edu.jccm.es; jmmolina@ucam.edu; apato@ucam.edu)

297

Resumen:

Actualmente, el Movimiento Olímpico identifica tres valores fundamentales que definen el Olimpismo: excelencia, amistad y respeto. Muchas investigaciones analizan la inclusión de los valores olímpicos en los textos y conferencias de Pierre de Coubertin, sin embargo, poco se ha escrito sobre los valores asociados a la práctica física y competitiva en la Grecia Clásica y la vinculación de estos con los valores del ideario olímpico moderno. Este trabajo estudia la pervivencia de aquellos valores clásicos dentro de los que hoy recoge el Movimiento Olímpico y cómo podemos establecer un paralelismo entre los valores defendidos por el Olimpismo moderno y el código ético subyacente en la literatura grecolatina, en cuanto a la actividad física y la celebración de los certámenes atléticos.

Palabras clave: Olimpismo, excelencia, amistad, respeto, valores.

Abstract:

Currently, the Olympic Movement has identified three core values that define Olympism: excellence, friendship and respect. Many studies analyzed the inclusion of the olympic values in texts and lectures of Pierre de Coubertin, however, little has been written about the values associated with the physical and competitive practice in Classical Greece and linking these with the values of ideology modern olympic. This article studies the survival of those classic values within which today includes the Olympic Movement and how we can establish a parallelism between the values defended by the modern Olympism and the underlying ethical code in the Greco-Roman literature regarding physical activity and celebration athletic contests.

Keywords: Olympism, excellence, friendship, respect, values.

1. Los valores olímpicos identificados por el Comité Olímpico Internacional

Los valores olímpicos representan la base y el alma de todas las acciones del Movimiento Olímpico. Actualmente el Comité Olímpico Internacional (COI) reconoce tres valores fundamentales que definen el Olimpismo moderno: la excelencia, el respeto y la amistad. Steven Maass (2007, 30) en el número 63/2007 de la Revista Olímpica (publicación oficial del COI) formula y describe estos valores.

Excelencia, que más allá de la mera victoria, significa ofrecer la mejor versión de uno mismo, superando las metas personales y comunes. Describe la calidad del esfuerzo que viene representada en el lema olímpico *Citius, Altius, Fortius* (más rápido, más alto, más fuerte).

Amistad, ya que utiliza el deporte como herramienta para el entendimiento. Su objetivo “es defender y fortalecer los vínculos entre las personas y los pueblos” (Maass, 2007, 32), idea que viene representada por la llama olímpica, que con cada edición de los Juegos

Olímpicos, es encendida en Olimpia y transportada hasta la ciudad anfitriona por miles de personas alrededor del mundo.

Respeto, que es sinónimo de juego limpio. Se orienta al respeto a uno mismo, a los demás competidores, al reglamento, a la modalidad deportiva en la que se participa y al medio ambiente. Es el “imperativo moral” que debe inspirar a todos los que participan en los programas del Movimiento Olímpico (Maass, 2007, 32) y viene representado por la bandera olímpica.

Aunque dichos valores no se especifican en la Carta Olímpica, estos sí están implícitos en la formulación de los Principios Fundamentales del Olimpismo. El Olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales.

El objetivo del Movimiento Olímpico es contribuir a construir un mundo mejor y más pacífico, educando a la juventud a través del deporte practicado sin discriminación de ningún tipo y dentro del espíritu olímpico, que exige comprensión mutua, espíritu de amistad, solidaridad y juego limpio (Carta Olímpica, 2013, 11).

En este sentido, así se expresaba el expresidente del COI Jacques Rogge en el *Diario de la Villa Olímpica* en agosto de 2008 para dar la bienvenida a los atletas a Pekín:

“Representáis los tres valores del Movimiento Olímpico, la excelencia, amistad y respeto. Mostrad a los niños del mundo, que os seguirán en televisión, que ganar es importante, pero que participar es lo que cuenta. La Excelencia significa compartir vuestra pasión con ellos libremente y mostrarles cómo se comportan los hombres y mujeres con honor y coraje” (COI, 2008).

Por su parte, Weiss (2012, 29) afirma que el Movimiento Olímpico ofrece como principal valor el juego limpio, es decir, la igualdad de oportunidades, el respeto al oponente y a las reglas. Más lejos va Tavares (2006, 7), que considera que la forma de practicar deporte, es decir, los valores atribuidos a nuestra práctica deportiva, ha sido fijada principalmente por el Movimiento Olímpico.

Para Otmar Weiss, el deporte es el escaparate donde más claramente se representan los valores imperantes en una sociedad y, por lo tanto, ofrece una oportunidad única para el reconocimiento y refuerzo de la identidad individual y colectiva.

Sin embargo, hablar de valores e interpretar su significado presenta continuas contradicciones entre formas universales y locales en nuestro mundo cambiante. Como indica Maass (2007,31), los valores son conceptos abstractos de muy compleja definición. Su significado puede variar según el contexto social y cultural donde se desarrollen. Cagigal (1996, 991) explica que una de las formas de entender cada época histórica es a través de sus valores predominantes. Estos valores o criterios de conducta, afirma luego, son el resultado de los avatares políticos, sociales o científicos de los periodos históricos.

Para Cagigal (1996,994)...“cualquier fuerza social que ayude al mejoramiento de la relación humana puede ser considerada como portadora de verdadero valor humanístico”. En la actualidad encontramos una serie de valores proclamados por organismos internacionales y recogidos en documentos universalmente aceptados. Destacamos entre ellos la Carta de las Naciones Unidas (1945), la Declaración de los Derechos del Hombre (1948) o la posterior Carta Internacional de la Educación Física y el Deporte (1978), en la que se considera la educación y física y el deporte como una herramienta eficaz para el entendimiento entre los pueblos, la promoción de la solidaridad y el respeto a la integridad del ser humano. En estas importantes declaraciones y otros documentos de la UNESCO se especifican, en opinión de Cagigal (1996, 994) siete valores básicos: dignidad, derecho, libertad, solidaridad, fraternidad, respeto y comprensión. Como vemos, algunos de estos

valores presentan una gran abstracción y resultan más adecuados explicarlos a través del ejemplo que con complicadas definiciones (Maass, 2007, 31).

Es una realidad que, desde su creación, el Movimiento Olímpico ha destacado por sus iniciativas en pos de la integridad del hombre y la paz. Sus vínculos con organizaciones internacionales se han intensificado especialmente durante las dos últimas décadas. Desde el año 2001, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) cuenta con la Secretaría de Deporte para el Desarrollo y la Paz, mostrando su apoyo a la utilización del deporte como vehículo para el desarrollo humano y la consolidación de la paz. La colaboración estrecha entre el Movimiento Olímpico y las Naciones Unidas queda reflejada en importantes iniciativas y resoluciones, como la Declaración del Milenio de 2000 (Resolución de la Asamblea General 55/2) que insta a los estados miembros a “que observen la Tregua Olímpica, individual y colectivamente, ahora y en el futuro, para apoyar al Comité Olímpico Internacional en su labor de promover la paz y el entendimiento humano mediante el deporte y el ideal olímpico”. El 19 de octubre de 2009, la ONU concedió al Comité Olímpico Internacional la calidad de observador, lo que le permite participar en todas las reuniones de la Asamblea General.

Desde luego, los valores olímpicos han inspirado y motivado cada una de estas decisiones (Maass, 2007, 31) y han contribuido positivamente no solo a construir la identidad del deporte moderno, sino a favorecer una sociedad más justa e igualitaria (Weiss, 2012, 29). Así, Loland (1995, 66) se refiere a los valores olímpicos como una expresión “secular y vitalista” del humanismo occidental.

Veamos a continuación resumidamente algunas de las actuaciones desarrolladas por el COI para promover los valores olímpicos y la educación olímpica.

La más ambiciosa de estas iniciativas surge en la 119 Sesión del COI, el 5 de julio de 2007, en la ciudad de Guatemala. Se trata de la celebración de los Juegos Olímpicos de la Juventud (YOG. Youth Olympic Games), con atletas de todo el mundo con edades comprendidas entre los 15 y 18 años. La primera edición de verano tuvo lugar en Singapur en el año 2010, mientras que la primera edición de los deportes de invierno se celebró en Innsbruck, en 2012. Una de las características de estos Juegos es que atletas, espectadores y periodistas forman parte del Programa Educativo y Cultural, basado en cinco temas principales: Olimpismo, Responsabilidad social, Habilidades, Expresión y Bienestar y Estilo de vida saludable. Así, el objetivo de este programa es “involucrar a todos los jóvenes participantes y animarles a convertirse en verdaderos campeones, personas responsables que adoptan, personifican y promueven los valores olímpicos de la excelencia, la amistad y el respeto” (COI, 2010, 2).

Para Naul (2008, 22) una de las principales estrategias del COI para promover los valores olímpicos es el Programa de Educación de los Valores Olímpicos (OVEP. Olympic Values Education Programme), integrado a su vez por dos iniciativas:

- 1) Un manual de recursos didácticos para profesores y educadores: *Teaching Values. An Olympic Education Toolkit* (COI, 2007).
- 2) La publicación y puesta en común de las diversas actividades y programas de educación olímpica, desarrolladas desde los Comités Olímpicos Nacionales, las Academias Olímpicas y la Agencia Mundial Antidopaje.

Por último, destacamos *Olimpismo en Acción* (COI, 2014), una iniciativa del COI para desarrollar los valores olímpicos de la excelencia, la amistad y el respeto, que cuenta con seis programas de actuación:

- Deporte para Todos.

- Desarrollo a través del Deporte.
- Mujer y el Deporte.
- Educación a través del Deporte
- La paz a través del deporte
- Deporte y Medio Ambiente

2. Coubertin y la definición de los valores olímpicos

Coubertin era ante todo un reformador de la educación y desde un principio trató de infundir al incipiente Movimiento Olímpico de una serie de valores que lo identificaran. Inspirado por los antiguos griegos, que consideraban el ejercicio físico como una herramienta imprescindible para la educación integral y como un instrumento para el entendimiento entre los pueblos y la paz, llega a afirmar:

“El deporte moderno tiene algo más y algo menos que el antiguo. Le aventaja porque ha perfeccionado sus instrumentos. Pero carece de la base filosófica, de lo elevado de sus objetivos, de todo aquel aparato patriótico y religioso que rodeaba las fiestas de la juventud¹.

Para Müller (2012, 4), la historia de la Antigüedad supuso un indicador del camino para Coubertin, pero solo “en la medida en que las exigencias del presente dejasen espacio para ello”. En el mismo sentido se pronuncia Solar (2003, 134), quien afirma que para garantizar la continuidad de los Juegos Olímpicos modernos era necesario dotarles de principios, especialmente los que proporcionaba el mundo griego.

Encuadrar teóricamente el Olimpismo y por ende los valores olímpicos que lo representan, pasa por organizar y sistematizar las ideas vertidas por el propio Coubertin en sus numerosos escritos, alocuciones, conferencias y correspondencias. A continuación mostramos algunos de los intentos más recientes por clarificar los valores que vislumbró como propios del Movimiento Olímpico.

Según Chatziefstathiou y Henry (2012, 42) el Olimpismo creado por Coubertin fue una mezcla del filohelenismo, especialmente en cuanto a los antiguos valores de equilibrio entre cuerpo, mente y espíritu; y el deporte inglés.

Fernández Peña (2014, 5), cree que el resurgimiento del Olimpismo vino propiciado por el internacionalismo, la influencia de la cultura clásica, la cultura de la paz y los sistemas educativos de Inglaterra y USA.

Para Tavares (2006, 6), Coubertin y los autores que lo han interpretado identificaron el Olimpismo con la combinación de una serie de valores románticos (el honor, la auto-superación, el juego limpio, el deber, la excelencia moral y el sentimiento de pertenencia) y los valores del iluminismo (universalismo, el valor de la competición, el individualismo y la fe en la educación)

Siguiendo a Maass (2007, 32), Coubertin identificó para la conducción del Movimiento Olímpico los valores del respeto, el juego limpio, la búsqueda de la excelencia, la alegría en el esfuerzo y el equilibrio entre mente, cuerpo y voluntad. Sin embargo, la definición de estos valores plantea continuos interrogantes: ¿Pueden complementarse la búsqueda de la excelencia y la alegría del esfuerzo? ¿Es el juego limpio una aspiración de los atletas o una condición para participar? ¿En qué proporción participan el cuerpo, la mente y la voluntad

¹ Coubertin, P. Conferencia pronunciada en la Sociedad del Parnaso. Recogido en *Ideario Olímpico, Discursos y Ensayos*, p. 22.

para lograr el equilibrio perfecto? Para Steven Maass, el COI debe fomentar este diálogo y definir los valores olímpicos en el mundo contemporáneo. Por ello, el COI ha simplificado y aclarado los valores olímpicos, sin diluir el significado de los conceptos que promovió Coubertin hace más de cien años, en un esfuerzo por situarlos en el mundo contemporáneo y mostrar a la sociedad la misión del Movimiento Olímpico y así motivar las actividades y principios del COI (Maass, 2007, 32).

3. Los valores en la Grecia Clásica

La palabra “clásico” deriva de la palabra latina *classicus*, es decir, la infantería pesada, la primera línea del ejército romano. De hecho, el arte y literatura griega, su pensamiento, filosofía y vida política constituyeron en tiempos posteriores y aún en nuestros días un referente para entender al hombre. Para Lane (2007, 14), existen dos lugares y épocas que pasaron a ser considerados especialmente clásicos: la Atenas de los siglos V y IV a. C., y la Roma del s. I a. C. hasta el año 14 d. C.

Homero, con sus dos poemas (la *Ilíada* y la *Odisea*), los primeros de gran extensión que conservamos, datados alrededor del s. VIII a. C.; constituye un referente para entender el pensamiento de los autores clásicos posteriores. Lane (2007, 49) afirma que los jóvenes atenienses de finales del s. V a. C. aprendían de memoria los poemas homéricos. Así, estamos de acuerdo con Jover (2008, 36) cuando afirma que los valores del mundo homérico formaron los cimientos del pensamiento que motivaron siglos después los *agones* y los Grandes Juegos en la Grecia Clásica. Además, también sentó las bases del ideal de comportamiento y actitud del atleta (Jover, 2008, 76)

Nuestro estudio abarcará los valores asociados a los certámenes atléticos en la época de la Grecia Clásica. Advertimos al lector que la Grecia Clásica no solo fue idealizada por Coubertin y los historiadores y poetas del s. XIX. Ya durante el helenismo y luego con la ocupación romana, autores latinos como Filóstrato, Luciano, Pausanias o Heliodoro vuelven a referirse a esta Grecia, en un intento por recuperar el esplendor idealizado de su pensamiento y valores naturales.

La idealización del clasicismo griego puede llevar a interpretaciones erróneas acerca de su verdadera historia. Según Lane (2007, 16) “los que idealizan el pasado suelen no entenderlo: al querer restaurarlo, lo mata con su cariño”. Es un hecho, afirma Cagigal (1996, 981), que el clasicismo se identificó con una plena maduración del hombre y una incompleta maduración de la sociedad, ya que aunque el nacimiento de la democracia fue un hito importante, los griegos nunca pudieron superar las diferencias sociales y la esclavitud.

En cuanto a los *agones* atléticos, Tavares (2006, 13) esgrime que los Juegos modernos evocan a los antiguos, en cuanto al carácter ritual especialmente, pero es imposible establecer una relación de continuidad, ya que las ideas y motivaciones de nuestro tiempo son muy diferentes a las del pasado clásico. Sin embargo, en los siguientes apartados intentaremos cuestionar esta afirmación, poniendo de relieve algunos episodios de la literatura grecolatina que nos llevan a pensar que el código ético de conducta que rige el deporte moderno comenzó a gestarse de alguna manera en la Grecia Clásica, en la celebración de los Juegos Panhelénicos y Juegos menores, así como en la moral subyacente en la educación de los jóvenes en el gimnasio.

4. El valor de la amistad en la Grecia Clásica

El término *agón* es utilizado en la literatura clásica para definir una reunión, asamblea o agrupación de gente, tanto de espectadores como de atletas, que asiste a un concurso, prueba o certamen.

Scanlon (1983, 158) define *agón* como “reunión asociada a las competiciones”, en la que aparecen los siguientes elementos: espectadores, participantes, contendientes y premios.

Para Durántez (1977, 231) el *agón* se refiere a las contiendas bélicas o deportivas en las que con esfuerzo se trataba de superar a otros adversarios en igualdad de condiciones.

Ciertamente el *agón* define a la sociedad griega. Estos certámenes casi siempre se nos describen en la literatura clásica como imbuidos en un clima especial de amistad, encuentro y camaradería entre participantes y espectadores. Jover (2008, 131) afirma que la alegría, risas, ironías y bromas destacan en la narración de los Juegos de Patroclo de la *Iliada*. También en la *Odisea*, Alcínoo anima hospitalariamente a participar a Ulises en una serie de competiciones atléticas en la tierra de los feacios:

“Vamos fuera, por tanto, probemos en todos los juegos nuestras fuerzas y así pueda el huésped contar a los suyos, cuando vuelva a su hogar, la ventaja que a todos sacamos en luchar con el cuerpo y los puños y en salto y carrera” (Homero, *Od.*, VIII, 100-103).

La cronología olímpica comienza en el año 776 a. C., pero como podemos advertir, el espíritu agonístico griego no podía permanecer únicamente en el entorno del Santuario de Olimpia. Así, como indica Salvador (2009, 126), los Juegos fueron llevados a las diferentes polis, que asociaban los nuevos certámenes a los cultos religiosos existentes. Nacen así los Juegos Píticos, los Istmicos, los Nemeos y las Panateneas, entre otros muchos de menor importancia. El carácter panhelénico que fueron adquiriendo los Juegos Olímpicos puede observarse en la lista de vencedores olímpicos que ha llegado hasta nuestros días. A partir del s. VII a. C. son frecuentes los nombres de atletas procedentes de los más diversos lugares del mundo griego de ultramar: siracusanos, jonios o carios empiezan a figurar en la lista de campeones.

De acuerdo con Durántez (1977, 308), con el transcurso de los Juegos en Olimpia, se fue fraguando lentamente entre los griegos que asistían un “cohesivo sentimiento de unidad”. Olimpia se convirtió en la asamblea cuatrienal donde se daba cita lo más granado de la sociedad griega del momento. Allí es aclamado el estratega Temístocles, el historiador Heródoto o el poeta Píndaro. Y es en este lugar donde se exhorta a los griegos a participar en empresas comunes, dejando a un lado los partidismos de las polis. Lisias de Siracusa animaba a sus compatriotas griegos a que asistieran al festival olímpico, ya que si presenciaban las competiciones en las “que los hombres medían su fuerza y su valía y escuchaban las disertaciones de los filósofos, plantarían la semilla de la amistad en los corazones” (*Discurso Olímpico XXXIII*, 2). Más elocuente aún resulta este panegírico de Isócrates para defender la unidad helena y los lazos de amistad en los Juegos del año 380 a. C.:

“Hemos de honrar con merecida justicia a los que establecieron nuestros festivales porque nos dieron esta bella costumbre de reunirnos en un mismo lugar después de haber acallado con una tregua las enemistades surgidas entre nosotros y recordarnos con las plegarias y con los sacrificios comunes el vínculo familiar que nos une de conservar de cara al futuro unos lazos de mutua benevolencia, de renovar las viejas amistades y de establecer otras nuevas” (*Panegírico*, 43).

Esta idea de unidad, amistad y de universalidad, aunque solo sea entre los considerados propiamente griegos, queda plasmada de una manera ejemplificadora en la narración que nos da Filóstrato acerca del origen de la prueba atlética del doble estadio o *diaulos*. Cuenta que cuando los eleos, pueblo tradicionalmente organizador de los Juegos Olímpicos, terminaron sus sacrificios, invitaron a participar a los espectadores asistentes. Así que “empezaron la carrera alejándose del altar un estadio, como si animaran a participar a todos los griegos, y regresaron al mismo lugar como anunciando que toda Grecia se había unido a la fiesta” (*Gimnástico*, 6).

La idea de amistad entre los pueblos ha sido identificada históricamente a través del fuego. Recordemos que uno de los símbolos más reconocibles del Olimpismo moderno es la Llama Olímpica, que viene a representar el valor de la amistad y la unión de todas las naciones. Numerosos mitos en todo el mundo manifiestan una enorme reverencia del hombre hacia el fuego, una firme convicción de que el fuego es sagrado, un regalo de la naturaleza y que perteneció a los dioses. Cousineau (2008, 22) afirma que los aztecas enviaban corredores de larga distancia portando antorchas ceremoniales encendidas para compartirlas con pueblos lejanos. En el mundo griego, Hesíodo narra que Zeus ocultó el fuego a los hombres para hacerles la vida más difícil, hasta que Prometeo lo robara y regalara a los humanos (*Trabajos y Días*, 50-58). La carrera de relevos con antorchas o *lampadedromia* no formaba parte del programa olímpico, pero sí que se disputaban carreras por equipos de este tipo en Atenas (Diem, 1966, 145). No fue hasta los Juegos de Berlín en 1936 cuando se dispuso el encendido y el relevo de la antorcha desde la antigua Olimpia hasta la ciudad anfitriona.

Como vemos, los encuentros agonales constituyeron el escenario y la oportunidad idónea para forjar la unidad nacional y espiritual de la nación griega. Todo ello hubiera sido imposible sin el acuerdo consensuado de cesar, aunque solo fuera por un periodo breve de tiempo, las luchas encarnizadas que tristemente caracterizaron la historia de la Grecia Clásica. La importancia que adquirieron los Juegos Panhelénicos y la gran afluencia de atletas y peregrinos propició el establecimiento de la Tregua Sagrada o *Ekejeiria* (literalmente “dejar las armas”). Las crónicas de Pausanias nos hablan del origen de la Tregua Olímpica y cómo Ífito, rey de Élide, restableció la celebración de los Juegos Olímpicos tras buscar consejo en el Oráculo de Delfos. De esta manera, firmó la paz con Licurgo, rey de Esparta, y con Cleóstenes, rey de Pisa. El acuerdo de paz permanecía durante el mes previo y posterior a la celebración de los Juegos y fue inscrito en un disco de bronce y guardado en el Templo de Hera de Olimpia (Pausanias, V, 20, 1).

Para Swaddling (1980, 73) la increíble longevidad de los Juegos Olímpicos demuestra la vitalidad de la tregua, ya que ésta fue un “importantísimo instrumento en la unificación de los estados y colonias griegas”.

Por el contrario, para Salvador (2009, 90), la paz no era el objetivo principal de los Juegos, sino que era una condición para que pudieran celebrarse y atletas y espectadores pudieran desplazarse con seguridad hasta los santuarios. Acabados los Juegos las guerras continuaban con más virulencia si cabe entre las ciudades del mundo heleno esparcidas por el Mediterráneo.

Sea como fuere, la imagen idealizada de la Tregua Olímpica ha llegado hasta la actualidad y desde hace unas décadas forma parte de nuestra cultura pacificadora universal. En 1992 fue el COI quien pidió a la comunidad internacional que cesasen los conflictos bélicos durante la celebración de los Juegos Olímpicos de Barcelona. A partir del año 1994, el presidente de la Asamblea de las Naciones Unidas comenzó a hacer un llamamiento solemne a todos los estados miembros para respetar la tregua durante cada edición de los Juegos Olímpicos de verano e invierno.

5. El valor de la excelencia en la Grecia Clásica

El afán por ser el mejor entre los iguales, por recibir el reconocimiento en asamblea, y por aspirar a la consecución de la gloria fue el rasgo distintivo de la cultura helena. Varias máximas, consideradas ya clásicas, ayudan al lector a comprender este aspecto ético que aparece de forma patente en el héroe homérico y hunde luego sus raíces en la forma de entender la vida de la Grecia Clásica y el mundo grecolatino en general.

La primera es “descollar y sobresalir siempre entre los demás”, como particularidad de la cultura griega, extraída de la *Ilíada*² y utilizada por primera vez por Jakob Burckhardt, según Jover (2008, 59).

La segunda es la que pronuncia Luciano de Samósata, ya en el s. II d. C.: “Porque... si alguien, Anacarsis, echa fuera de la vida el amor a la gloria, ¿qué cosa positiva nos vendría o quién estaría dispuesto a realizar algo destacado?” (*Anacarsis* o *Sobre la gimnasia*, 36).

Marrou (1985, 26) define esta concepción moral de la vida como “un ideal de la existencia, un tipo de ideal de hombre todavía por realizar”. Luego explica que ese “ideal agonístico de la vida es uno de los aspectos más significativos del alma griega” (*Íbidem*, 28-29). En el mismo sentido, Young (1996, 51) expone: “las competiciones físicas... representan básicamente y en pequeño la lucha griega por elevarse por encima de la condición miserable, esencialmente efímera del hombre”. Ciertamente, el certamen, la competición y la necesidad de reconocimiento social se extiende a todos los órdenes de la vida: desde la creación artística a las hazañas bélicas, desde los discursos políticos a las victorias atléticas. Todo está presidido por el espíritu de competición y por el ideal agonal. Para Cabrera (2005, 21), el *agón* fue el principal estímulo de la creación intelectual y artística de la cultura griega. Este afán por competir, por demostrar la *areté* ante la concurrencia motivó la proliferación de competiciones atléticas, ya sea para honrar a una divinidad o a un héroe.

Para Gardiner (1979, 13), el trance agonal empieza a gestarse en la cultura cretense, pero fue en Homero donde aparece el “verdadero espíritu del deporte” de descollar sobre los demás. De hecho, la originalidad griega estriba en que institucionalizó y extendió el instinto agonístico a todas las manifestaciones de la vida.

El atleta griego se esfuerza constantemente en superar sus propias capacidades para llegar a la excelencia, “empleando como patrón de medida el juicio de los demás” (Jover, 2008, 111). Tiene como referentes a los héroes mitológicos como Teseo, Pélope o Heracles, cuyas hazañas, en opinión de Scanlon (1983, 157), están revestidas de gratuidad, ya que el objetivo de los héroes no es la recompensa material, sino únicamente la inmortalidad. De hecho, cuando Filóstrato, en pleno s. III, intenta frustradamente evocar y recuperar para los jóvenes de su época los valores asociados a los antiguos Juegos, nombra como atletas primigenios a Teseo, Peleo y al propio Heracles, prototipos de los atletas de otro tiempo (*Gimnástico*, I).

Los valores asociados a la excelencia variaron a lo largo de la historia helena. Desde el predominio de la moral aristocrática que dibuja *Píndaro* en sus poemas, donde el valor, el linaje familiar y la gracia de los dioses son los condicionantes para una vida plena como atleta: “afilando (como sobre una piedra de afilar) a alguien nacido para la excelencia, un hombre puede, con la ayuda divina, alcanzar una fama prodigiosa” (*Olímpica* X, 20-23). Hasta la prevalencia de valores espirituales, como la perseverancia, la sensatez o la

² Así se expresa Glauco, cuando es preguntado por Diomedes sobre su linaje: “A mí me engendró Hipóloco y envióme a Troya, recomendándome muy mucho que descollara y sobresaliera siempre entre todos y no deshonrara el linaje de mis antepasados” (*Ilíada*, VI, 208).

prudencia que defiende Dión Crisóstomo al exaltar al púgil *Melancomas* de Caria: “pues tengo la impresión de que porfiaba con su alma frente a su cuerpo y trataba de hacerse más célebre por sus valores espirituales” (*Discurso*, XXIX, 9).

Nos han llamado la atención algunos testimonios en las crónicas antiguas sobre ejemplos de excelencia, que van más allá de lo puramente técnico en lo que a entrenamiento y logros atléticos se refiere. Ejemplos de superación personal que son rescatados por cronistas, historiadores y poetas, quizás con un claro fin pedagógico.

Filóstrato habla de un luchador, conocido como Mis³, el egipcio, que pese a tener una técnica muy depurada, era de baja estatura y, a raíz de una enfermedad, tenía poco desarrollada la musculatura y la movilidad en el lado derecho de su cuerpo. Cuenta que había decidido abandonar la práctica de la lucha, pero sin embargo, después de un sueño, aprendió a ejercitar el lado derecho y con perseverancia y confianza en sí mismo llegó a convertirse en un luchador muy difícil para sus contrincantes (*Gimnástico*, 41).

Una historia muy similar es narrada por Pausanias, sobre el pentatleta Hismón de Élida. Resulta que cuando era niño, enfermó por “un mal en los tendones”. Desde entonces, entrenó duramente para que la enfermedad no progresara y así llegó a proclamarse vencedor en Olimpia y Nemea (*Lib. VI*, 3, 10). Desde luego, estas historias de superación personal nos resultan mucho más familiares al compararlas con atletas del s. XX, como la corredora Wilma Rudolph, tricampeona olímpica en Roma 1960, que también padeció una grave infección en una pierna (poliomelitis) cuando era niña, y fue precisamente el deporte lo que motivó su recuperación.

6. El valor del respeto en la Grecia Clásica

Las crónicas antiguas referentes a los concursos atléticos nos hablan de una regulación de la contienda agonal, de un intento por establecer la igualdad de condiciones entre los atletas, de un cierto control de la violencia hasta lo socialmente aceptable, de la aceptación pacífica a un reglamento, de una disposición voluntaria al comportamiento noble con el adversario. En definitiva, encontramos los cimientos de lo que hoy comprenderíamos como juego justo y limpio.

Resulta evidente el sustrato de respeto o *fair play* en las competiciones en honor al difunto Patroclo en el Canto XXIII de la *Ilíada*. Así, afirma Jover (2008, 95) que “el hombre homérico acepta religiosamente las disposiciones arbitrales, o se somete a los procedimientos estipulados para la resolución de conflictos”. Veamos algunos ejemplos:

- Para favorecer la igualdad de oportunidades entre los contendientes, existen unos árbitros que supervisan el desarrollo de las pruebas, en este caso, Aquiles y Fénix. Estos sortean las posiciones de salida en las carreras (Homero, *Il.*, XXIII, 352), deciden el orden en la intervención de los lanzamientos de tiro con arco, en el que tanto Teucro como Meriones utilizan el mismo utensilio (Homero, *Il.*, XXIII, 870). También utilizan el mismo implemento en el concurso de lanzamiento de *sólos* (Homero, *Il.*, XXIII, 839-844).
- Existe un clima de aceptación y sometimiento pacífico al reglamento que podemos ver ejemplificado en el empate en la lucha entre Ulises y Ayante Telamonio (Homero, *Il.*, XXIII, 736), donde Ulises acepta de buen grado el empate pese a derribar en dos ocasiones a su contrincante, entendiéndolo que ha utilizado técnicas prohibidas. Para

³ Este atleta también es mencionado por Pausanias (*Lib. IX*, 23, 6) y por Heródoto (*Lib. VIII*, 133-135). Según Pausanias era de Europa, Siria; para Heródoto, era cario.

Eichel (1973, 130), la violación de las normas del hombre homérico en los juegos atléticos se considera algo inmoral. Y pese a que el engaño y la trampa sí son aceptados en la moral heroica, las pruebas agónicas, en cambio, se desarrollan en un marco de competición leal por la victoria (Patrucco, 1972, 21).

- Advertimos también, como señala Jover (2008, 109) una “preocupación por el adversario”, que contrasta con el individualismo del guerrero homérico. En el combate de pugilato en el que Epeo vence contundentemente a Euríalo, cayendo desplomado al suelo, el primero de ellos “con sus brazos lo agarro y lo enderezó” hasta que los compañeros de Euríalo lo sacaron fuera de la contienda (Homero, *Il.*, XXIII, 694-695). Para Patrucco (1972, 21), los participantes de los Juegos de Patroclo muestran un comportamiento noble y de respeto al adversario, una actitud que en nuestros días podríamos identificar con el *fair play*.

El respeto voluntario a un reglamento, así como la presencia de jueces o helanódicas para controlar y organizar los diversos certámenes fue constante a lo largo de la historia de los Juegos Olímpicos. Pausanias nos relata que antes de comenzar las competiciones, los atletas, sus padres y hermanos y también sus entrenadores juraban ante la estatua de Zeus Horcio (*Lib. V*, 24, 9) que eran ciudadanos griegos libres, “no deshonrados” y que habían entrenado durante diez meses previos a los Juegos (Durántez, 1977, 139). Además, en el Santuario de Olimpia, en el camino que lleva al estadio, se disponían las pequeñas estatuillas de los Zanes. Éstas fueron sufragadas con el dinero de las multas de aquellos atletas que habían amañado y comprado con dinero sus victorias (Pausanias, V, 21, 2). Fue en 1920 cuando Coubertin pudo incorporar el juramento de los atletas, rescatado del pasado clásico, en la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Amberes (Mercé 1992, 119); la primera vez que un juez pronunció el juramento olímpico fue en Munich 1972; y finalmente, el primer entrenador, en Londres 2012.

Episodios relacionados con la preocupación por el adversario o el control voluntario de la violencia, semejantes al *agón* de pugilato descritos anteriormente en los Juegos fúnebres de Patroclo, aparecen en la literatura clásica. Destacamos el arduo combate de pugilato que nos describe el escritor Teócrito entre Polideuces y Ámico tras la llegada de la nave Argo con los Argonautas a las costas del Mar Negro. Cuando escribe: “tú, gran púgil, que rendido lo tenías, en nada lo ultrajaste” (*Idilio*, XXII, 130), subraya conscientemente la conducta humanitaria del vencedor, desmarcándose de otras versiones del mismo combate, como la de Apolonio de Rodas (*Argonáuticas*, II, 97), donde el combate termina con la muerte de Ámico.

Percibimos también entre los autores clásicos un intento por dignificar a sus personajes en base a un profundo sentido de la camaradería y respeto al oponente. Así, Díon Crisóstomo (*Discurso*, XXVIII, 4) ensalza al púgil *Melancomas* de Caria, alabando profusamente las virtudes de su adversario Yatrolcles, “el único que se atrevía a enfrentarse a él”.

En resumen, podemos intuir cómo en la Grecia Clásica empiezan a fraguar en los certámenes atléticos aquellos valores democratizadores y profundamente humanísticos que siglos más tarde exhibiría el deporte anglosajón. Además, es posible adivinar un cierto interés educativo en los textos clásicos, un intento por proyectar a la vida cotidiana los valores presentes en el trance agonal. Estamos de acuerdo con Jover (2008, 219) cuando defiende las prácticas atléticas como instrumento para el avance en el proceso civilizador de la sociedad griega.

7. Conclusiones

A lo largo de este artículo, hemos intentado poner de relieve cómo de alguna manera los valores olímpicos que actualmente reconoce el Movimiento Olímpico (excelencia, amistad y respeto) comenzaron a gestarse en los certámenes atléticos y en la gimnástica educativa de la Grecia Clásica a partir de la moral heroica que Homero plasmó algunos siglos atrás en los *agones* de la *Iliada* y la *Odisea*.

Lejos de interpretaciones románticas, hemos intentado acercar al lector aquellos episodios más relevantes de la literatura grecolatina, en los que, a través del carácter más o menos institucionalizado de los *agones* y la actitud “deportiva” de contendientes y espectadores, permiten dibujar situaciones con una clara intencionalidad educativa.

Observamos indicios de cómo las competiciones atléticas en la Grecia Clásica constituyen una esquematización en miniatura del modelo ideal de sociedad que se quiere proyectar fuera del terreno de juego: el control de los niveles de violencia, el sometimiento a unas reglas que igualan las oportunidades de los participantes, el sentimiento de unidad, el ambiente pacifista; ideas que no llegaron a consolidarse en el contexto real, pero que sí fueron imaginadas por los escritores clásicos como Platón en su República y de una forma más velada, entre los grandes dramaturgos, como Aristófanes, en *Las aves* o *Lisístrata*.

Igualmente, las competiciones físicas plantean, a nuestro modo de ver, una esquematización del comportamiento ejemplar y actitud ante la vida que se espera del hombre: esforzarse por obtener la mejor versión de uno mismo, lograr un perfecto equilibrio entre las cualidades físicas y espirituales o cultivar la cultura de la perseverancia y la sensatez. Píndaro escribía que “diversas son las artes de cada uno, mas es preciso luchar con lo mejor de uno mismo” (*Nemea* I, 25-26). En el mismo sentido, habla en nuestros días el tenista Rafael Nadal⁴: “lo básico es creer en ti, intentar dar lo mejor de uno mismo cada día”. Estas dos citas distan una de la otra cerca de dos mil quinientos años, sin embargo, describen un mismo fenómeno: la competición atlética; y además, la revisten de intención pedagógica, identificándola con una serie de valores ideales a los que debe aspirar el hombre fuera del terreno puramente deportivo. ¿No es ésta la esencia misma de los valores olímpicos fundamentales del Olimpismo moderno?

8. Bibliografía

- AA.VV. *Bucólicos griegos*. (Trad. M. García Teijeiro y M. T. Molinos Tejada), Madrid: Gredos, 1989.
- Apolonio de Rodas. *Argonáuticas*. (Trad. M. Valverde), Madrid: Gredos, 2007.
- Aristófanes. *Comedias. Volumen II*, Madrid: Editorial Gredos, 2007.
- Aristóteles. *Política*. (Trad. C. García Gual y A. Pérez Jiménez), Madrid: Alianza, 1991.
- Binder, Dianna. *Teaching values. An Olympic Education Toolkit*, IOC, 2007.
- Cabrera Bonet, Paloma. “El espíritu agonial en la Grecia antigua”. En *Reflejos de Apolo. Deporte y Arqueología en el Mediterráneo Antiguo*. Madrid: Ministerio de Cultura. 2005, 21-36.
- Cagigal, José María. *Obras selectas. Volumen III*, Cádiz: Comité Olímpico Español, 1996.
- Coubertin, Pierre. *Ideario Olímpico. Discursos y ensayos*, Madrid: Doncel, 1972.
- Coubertin, Pierre. *Pedagogie Sportive*, París: J. Vrin, 1972.
- Cousineau, Pierre *La Odisea Olímpica*, L'Hospitalet de Llobregat: Ediciones Amara, 2008.
- Chatziefstathiou, Dikaia. y Henry, Ian. *Discourses of Olympism: From the Sorbone 1894 to London 2012*. London: Palgrave Macmillan, 2012.
- Diem, Carl. *Historia de los deportes*. Barcelona: Luis de Caralt, 1966.

⁴ Extraído del “Foro Triunfadores Precoces” de la Fundación Sánchez Vicario (01/05/2011)

- Dión de Prusa. *Discursos XII - XXXV*. (Trad. G. Del Cerro), Madrid: Gredos, 1989.
- Durántez, Conrado. *Las Olimpiadas griegas*. Madrid: Comité Olímpico Español, 1977.
- Eichel, Wolfgang. El desarrollo de los ejercicios corporales en la sociedad prehistórica. *Citius, Altius, Fortius*, 1-4 (15), 1973, 95-134.
- Fernández Peña, Emilio. Pierre de Coubertin, Introduction to media and the culture of the Olympics, 2014, [Citado el 01/09/2014], disponible en <https://class.coursera.org/olympicgames-001/lecture/13>.
- Filóstrato. *Heroico. Gimnástico. Descripciones de cuadros*. (Trad. F. Mestre), Madrid: Gredos, 1996.
- García Romero, Fernando. *Los Juegos Olímpicos y el deporte en Grecia*. Sabadell: AUSA.
- Gardiner, E. Norman. *Athletics of the ancient world*, Chicago: Ares, 1979.
- Heródoto. *Los nueve libros de la historia*. (Trad. M.R. Lida de Malkiel), Barcelona: Orbis, 1987.
- Hesíodo. *La teogonía. Los trabajos y los días. El certamen. El escudo*. (Trad. A. Martín Sánchez y M. A. Martín Sánchez), Madrid: Alianza, 2000.
- Homero. *Ilíada* (E. Crespo Güemes, Trad.), Madrid: Biblioteca Gredos, 2000.
- Homero. *La Odisea*. (Trad. L. Segalá), Madrid: Aguilar, 1987.
- International Olympic Committee. *Olympic Charter* (Updated, September 2013). Lausanne: International Olympic Committee, 2013, [Citado el 02/08/2014], disponible en http://www.olympic.org/documents/olympic_charter_en.pdf
- Isócrates. *Discursos*. (Trad. M. Valverde), Madrid: Gredos, 1999.
- Jenofonte. *Anábasis o la expedición de los diez mil*, Madrid: Biblioteca de la Historia Sarpe, 1985.
- Jover Ruiz, Ramiro. *Antecedentes del deporte y el Olimpismo en la obra de Homero*, Donostia-San Sebastián: Elkar, 2008.
- Lane Fox, Robin. *El Mundo Clásico. La epopeya de Grecia y Roma*, Barcelona: Crítica, 2005.
- Lisias. *Discursos*. (Trad. J.L. Calvo Martínez), Madrid: Gredos, 1988.
- Loland, Sigmund. Coubertin's Ideology of Olympism from the perspective of the History of Ideas. *Olimpika: The International Journal of Olympic Studies*, 4, 1995, 49-78.
- Luciano de Samósata. *Anacarsis o sobre la gimnasia*. (Trad. J. L. Navarro González), Madrid: Gredos, 1988.
- Maass, Steven. The Olympic Values. *Olympic Review*, 63, 2007, 28-33.
- Marrou, Henry Irene. *Historia de la educación en la antigüedad*, Madrid: Akal, 1985.
- Mercé Varela, Andreu. *Pierre de Coubertin*, Barcelona: Ediciones Península, 1992.
- Müller, Norbert. *El Olimpismo de Coubertin* [artículo en línea]. Barcelona: Centre d'Estudis Olímpics (UAB), 2012 [Citado el 14/04/2014], disponible en http://ceo.uab.cat/2010/docs/wp119_spa.pdf
- Naul, Roland. *Olympic Education*, London: Meyer & Meyer, 2008.
- Olympic Museum. *Olympism in Antiquity*, Lausanne: Olympic Museum, 1993.
- Patrucco, Roberto. *Lo sport nella Grecia antica*, Firenze: Leo S. Olschki, 1972.
- Pausanias. *Descripción de Grecia. Libros III - VI*. (Trad. M. C. Herrero Ingelmo), Madrid: Gredos, 1998.
- Píndaro. *Obra completa* (Trad. E. Suárez De la Torre), Madrid: Cátedra, 1988.
- Platón. *La República*. (Trad. C. Eggers), Madrid: Gredos, 1986.
- Salvador, José Luis. *El deporte en Occidente. Grecia, Roma, Bizancio*, Madrid: Cátedra, 2009.
- Scanlon, Thomas F. The vocabulary of competition: *Agon* and *Aethlos*, Greek terms for contest. *Arete*, 1, 1983, 147-162.

- Solar, Luis Vicente. *Pierre de Coubertin. La dimensión pedagógica*, Madrid: Gymnos, 2003.
- Stuttard, David. *Power Games: ritual and rivalry at the Ancient Greek Olympics*, London: The British Museum, 2012.
- Swaddling, Judith. *The Ancient Olympic Games*, London: British Museum Press, 1980.
- Tavares, Otávio. *Los valores olímpicos en el siglo XXI: entre la continuidad y el cambio. Lecciones universitarias olímpicas*. Bellaterra: Centre d'Estudis Olímpics (UAB), 2006, [Citado el 18/01/2012], disponible en <http://olympicstudies.uab.es/lectures/web/pdf/tavares.pdf>
- Weiss, Otmar. Identity and (democratic) values in sport. *The Official Journal of the International Olympic Academy*, octubre de 2012, 26-29.
- Young, David. *The Modern Olympics. A struggle for Revival*, Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press, 1996.